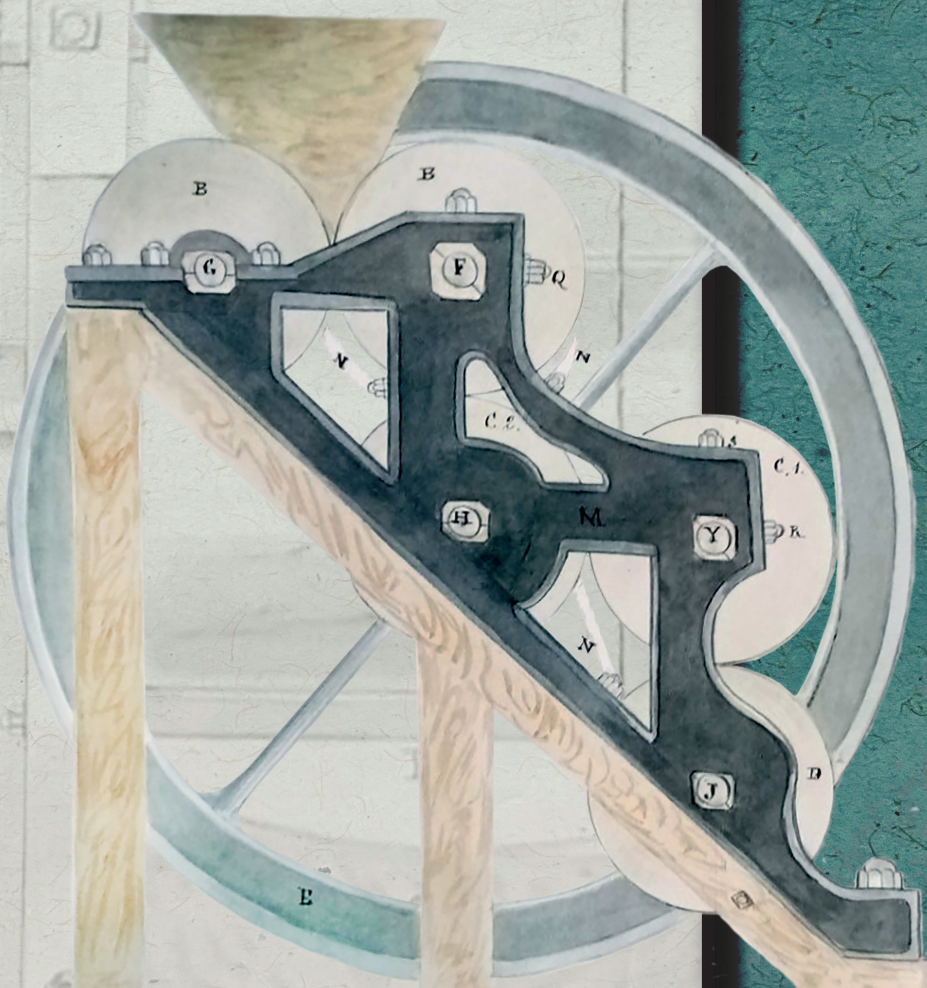


Pensamiento Latinoamericano sobre la Técnica

Irving Samadhi Aguilar Rocha
José Francisco Barrón Tovar



**Pensamiento
latinoamericano
sobre la técnica**

Irving Samadhi Aguilar Rocha
José Francisco Barrón Tovar
(coordinadores)

Pensamiento latinoamericano sobre la técnica



Pensamiento latinoamericano sobre la técnica / Irving Samadhi Aguilar Rocha,
José Francisco Barrón Tovar, (coordinadores). - - Primera edición. - - México :
Universidad Autónoma del Estado de Morelos : Bonilla Artigas Editores, 2025.

288 pp. ; 15 x 23 cm. -- (Pública filosófica ; 34)

Bonilla Artigas Editores

UAEM

ISBN 9789689728849 (impreso)

ISBN 9786072646629(impreso)

ISBN 9789689728610 (ePub)

ISBN 9786072646537 (ePub)

ISBN 9789689728627 (pdf)

ISBN 9786072646544 (pdf)

1. Tecnología – Filosofía
2. Tecnología – América Latina
3. Mujeres en la tecnología

LCC T14

DC 601

Los derechos exclusivos de la edición quedan reservados para todos los países de habla hispana. Prohibida la reproducción parcial o total, por cualquier medio conocido o por conocerse, sin el consentimiento por escrito de los legítimos titulares de los derechos.

Esta publicación fue dictaminada por pares académicos bajo la modalidad doble ciego.

Pensamiento latinoamericano sobre la técnica
Primera edición, diciembre de 2025

De la presente edición:

D. R. © 2025, a cada autor por su texto.

D. R. © 2025, Bonilla Distribución y Edición, S.A. de C.V.
Hermenegildo Galeana 116, Barrio del Niño Jesús,
14080, Tlalpan, Ciudad de México, México
editorial@bonillaartigaseditores.com.mx
www.bonillaartigaseditores.com

D. R. © 2025, Universidad Autónoma del Estado de Morelos
Av. Universidad 1001, colonia Chamilpa
CP 62209, Cuernavaca, Morelos
publicaciones@uaem.mx
libros.uaem.mx

Bonilla Artigas Editores

UAEM

ISBN: 978-968-9728-84-9 (impreso)

ISBN: 978-607-2646-62-9(impreso)

ISBN: 978-968-9728-61-0 (ePub)

ISBN: 978-607-2646-53-7 (ePub)

ISBN: 978-968-9728-62-7 (pdf)

ISBN: 978-607-2646-54-4 (pdf)

Coordinación editorial: Bonilla Artigas Editores

Cuidado de la edición: Marisol Pons

Diseño de portada: D.C.G. Jocelyn G. Medina

Diseño editorial: UAEM

Impreso y hecho en México

Contenido

Prefacio	
<i>Ángel Xolocotzi Yáñez</i>	9
Introducción	
<i>Irving Samadhi Aguilar Rocha y José Francisco Barrón Tovar</i>	15
CRÍTICAS TECNOLÓGICAS DESDE AMÉRICA LATINA	
Los rumbos olvidados. Esbozo para una crítica de la tecnificación contemporánea desde la reivindicación del sentido de cosmicidad en la filosofía estética de José Vasconcelos y Alfonso Reyes	
<i>Gabriel Alvarado-Natali</i>	23
Prácticas crítico-técnicas: taxonomía para la crítica digital desde el Sur	
<i>Pablo R. Velasco</i>	53
¿Sólo somos extremo Occidente? Enfrentando los desafíos de la filosofía de la técnica en América Latina	
<i>David Maulén de los Reyes</i>	81

PENSAMIENTOS TECNOLÓGICOS A-LOCADOS

La cultura tecnológica desde las culturas occidentalizadas <i>Irving Samadhi Aguilar Rocha</i>	115
---	-----

Latinoamericanismo: el <i>locus</i> de lo tecnológico como tópico <i>José Francisco Barrón Tovar</i>	141
---	-----

Acahual – barbasco – jiminogai. Diosgenina – progesterona. Un paisaje tecnológico <i>Julieta Espinosa</i>	179
---	-----

PRÁCTICAS TECNOLÓGICAS Y FEMINISTAS

Tecnologías descentradas: los saberes técnicos de la gente <i>Ana María Martínez de la Escalera</i>	217
--	-----

Inventiones feministas: nociones comunes en torno a la tecnología <i>Emma Baizabal</i>	235
--	-----

Tecnologías feministas de la memoria <i>Circe Rodríguez Pliego</i>	259
---	-----

Semblanzas	283
------------	-----

Prefacio

ÁNGEL XOLOCOTZI YÁÑEZ

El mundo y las cosas intramundanas en la época actual parecen haber perdido el substrato, esa cuestión extraña que ya Aristóteles había considerado como determinante para identificar a una cosa como tal. Con el paso del tiempo eso se fue consolidando como la “sustancia” de las cosas. Alguien sin saber de filosofía y sin haber escuchado de Aristóteles bien podía identificar que la sustancia de algo remitía al núcleo o a lo determinante de alguna cosa. En ocasiones se asociaba a aquello que quedaba después de haberle quitado lo innecesario. Así, la sustancia de un texto parecía ser la idea principal sin tanto adorno. Hasta hace algunas décadas pensábamos que la sustancia de un reloj era medir el tiempo. No importaba si el reloj funcionaba con energía solar, baterías o era analógico; su función consistía en medir el tiempo. Lo mismo ocurría con un espejo, cuya finalidad, que generalmente aprendíamos a través de la experiencia, era reflejar. Nos veíamos ahí o veíamos algo reflejado. La esencia del espejo residía en la posibilidad de ver una imagen. De la misma forma como encontrábamos lo determinante del piso en la posibilidad de caminar y lo esencial de la tasa en poder tomar algún líquido, así veíamos en el reloj la función orientadora de mirar ahí la hora, de medir el tiempo, y en el espejo veíamos las imágenes como posibilidad de su reflejo. Parecía que el mundo era entendido de forma simple, presuponiendo una serie de cuestiones de las que la filosofía se encargaba de explayar, ya fuese en términos sustancialistas o pragmáticos. De una u otra forma se mantenía una relación

entre aquello que aparecía y aquello que lo sustentaba como algo y que marcaba su diferencia con otras cosas: no leíamos la hora en la tasa ni nos reflejábamos en el piso opaco.

Actualmente el mundo ha cambiado y aquella dualidad presupuesta, que hunde sus raíces en Platón, ya no se deja identificar en aquello que descubrimos en el mundo técnico contemporáneo. El reloj no se limita a dar la hora porque ahora en tanto “inteligente” nos proporciona datos biométricos, ordena nuestra agenda e incluso puede realizar un electrocardiograma. Dar la hora en el reloj ha pasado a ser lo menos importante ya que su “inteligencia” muestra funciones que van más allá de lo que su concepto suponía. Así, la sustancialidad o idealidad que determinaba a las cosas y que servía de herramienta diferenciadora ha sido cambiada por una reorganización en donde las cosas dejan de ser lo que son. Esta es una de las tesis de Martin Heidegger en torno a la técnica, ya que esta acelera el cambio en la forma de la presencia de las cosas –su objetualidad–. Por lo tanto, hoy en día nos movemos cada vez más en aquellas formas que posibilitan lograr metas sin las resistencias que exigía el contenido de la estructura moderna entre sujeto y objeto. Si ahora, como Heidegger señala, ha quedado sólo la mera relación, el contenido se transforma y se presenta sin una remisión objetual. Esto propicia que el aparecer no sea real, sino virtual, y que las cosas, por ende, sean aprehendidas de otras maneras. Por ejemplo, que sean traídas a presencia no como objetos sino como consistencias [*Bestand*], como aquello que no está ubicado en un lugar real –tal como señalaba la modernidad–, sino que puede ser extraído de un espacio virtual y presentado de tal forma: en una nube, un drive, una plataforma. Por lo tanto, no aparece en un aquí o allí, sino en un aquí tachado, como ya ha señalado Byung-Chul Han en múltiples ocasiones mediante sus breves libros.

De esa forma, la transformación heideggeriana del “Ser-en-el-mundo” en un “Hacer-en-el-mundo” y el predominio del carácter relacional sin contenido que subsiste, cambia también

las estructuras heredadas de la modernidad respecto de las posibilidades del ser humano. De alguna forma los límites expresados de diversas maneras exigían un ámbito de repliegue que, con la diseminación contemporánea, es imposible alcanzar. Quizás en ese sentido podamos decir que lo imposible de la época técnica contemporánea sea precisamente el habitar tal como era pensado en la modernidad. Esto es así porque presuponemos que todo habitar se circunscribe a un límite, a un espacio de vida en donde se es. Tal modo de habitar ha sido aprehendido de diversas maneras: como cultura, como tierra o como hogar. La pregunta que ahora es digna de ser planteada es si tales nombres tienen sentido en la época técnica global.

Si en términos ontológicos, el cambio determinante va del ser al hacer, entonces que las cosas no sean entes sino consistencias, conduce a cuestionar una de las bases ontológicas de Occidente, pues ahora trataríamos más bien con no-entes. Por consiguiente, ya no se trataría de una presencia real, sino virtual. Parece extraño estar hablando de cosas que no son lo que son, pero cada vez más nos enfrentamos a ello en la propia cotidianidad al relacionarnos con algo que está determinado a su vez por algo diferente a lo que lo “hacía ser” tal cosa: desayunamos leche sin lactosa, tomamos café sin cafeína, bebemos vino sin alcohol, fumamos cigarros sin nicotina, disfrutamos un dulce sin azúcar y comemos carne sin animales. A eso se suma que el reloj va más allá de dar la hora y el espejo “inteligente” hace más que solamente reflejar. De esta manera, en la vida cotidiana asumimos que la relación con lo ente ha cambiado, ya lo ente no es ente. La “esencia” de las cosas no es lo determinante y, en consecuencia, ya no es aquello que las hace ser lo que son. Se trata actualmente de algo cuya determinación no le viene dada por aquello que hace ser a la cosa en cuestión, sino que es algo producido y que está disponible para ser traído a presencia a partir de la voluntad determinante. Al parecer nada escapa a este destino, ya que incluso el tiempo se subordina a la voluntad y por ello el mundo ha pasado a ser un “*stock* de consistencias”. Ya no es

necesario esperar a un determinado momento, el ahora ejerce su dominio al exigir que tal o cual cosa ocurra sin respetar el advenir. La película que quieres ver está siempre dada de antemano en una plataforma de *streaming*, no tienes que dirigirte a la cineteca o al cine, como antiguamente se solía hacer. La información está por todos lados, pero en ningún espacio. Las redes sociales, por su parte, difuminan todo tipo de vínculos; más que acercar, separan, ya que las relaciones personales están comprometidas a partir de ellas. Lo peligroso no es en todo caso las nuevas tecnologías, sino el modo en el que la era técnica busca aniquilar las cosas, lo ente, para dar paso a la realidad virtual. Así la realidad se vuelve virtual y el mundo pasa a ser completamente imagen.

12

—

Los recientes textos de Byung-Chul Han y de Yuk Hui han mostrado claramente que aquello que en su momento parecían profecías en la filosofía de Martin Heidegger, actualmente forma parte de nuestro habitar cotidiano. La primera diferenciación hecha en su *opus magnum* de 1927, *Ser y tiempo*, entre los útiles que acortan la lejanía, como los anteojos o el auricular, y aquello que busca anular la lejanía, como la radio, parece ser ya una anécdota. Sin embargo, quizás esa pequeña diferenciación que indicaba las posibilidades de algunos instrumentos dio qué pensar en torno al rumbo que tomaba la técnica contemporánea. Así, la pregunta por la esencia de la técnica, que, aunque públicamente fuera planteada en la década de los cincuenta, remitía a una inquietud arraigada en lo más hondo de las cuestiones filosóficas. Los cambios epocales que se experimentaban abrían cientos de preguntas que quizás pudiesen ser resumidas en aquellas que el mismo Heidegger plantea en una lección de 1935: “¿para qué?, ¿hacia dónde?, ¿y luego qué?”.

La indagación heideggeriana sobre la esencia de la técnica mantuvo en vilo gran parte de las reflexiones al respecto en la segunda mitad del siglo xx. Parecía que hablar de maquinación (*Machenschaft*) o composición (*Gestell*) simplemente formaba parte del acervo terminológico heideggeriano. Sin embargo,

ocurrió algo peculiar: el despliegue de las posibilidades técnicas coincidía con aquello que el filósofo de Messkirch escribía en sus manuscritos. Una parte selecta de las más de 30,000 páginas publicadas de su obra trató de pensar la cuestión de la técnica desde diversas perspectivas. Si al principio la “máquina de pensar” era lo anticipado de forma más inmediata, el cambio de modos de presencia de lo encontrado en el mundo ha sido la base ontológica de todo aquello con lo que vivimos diariamente, ya sea la nube, el *drive* o alguna plataforma. Sin la consistencia de lo exigido en cada comportamiento que trae algo “a presencia” no sería posible el actual orden establecido. La organización de las instituciones presupone tal consistencia como la guía del comportamiento con las cosas. Más allá de cuestionar el estatus de los “objetos digitales”, como lo hace Hui, queda claro que una parte de nuestros comportamientos descubre a los entes “digitales” incluso sin preguntar por su modo de ser. Leemos un libro electrónico para nuestra clase o bajamos los documentos de la nube para participar en tal o cual convocatoria. Sin embargo, tal como han visto acertadamente la coordinadora y el coordinador de este libro, Irving Samadhi Aguilar y José Francisco Barrón, en América Latina los comportamientos respecto de la técnica se mantienen divididos: por un lado, se confía o se obliga a confiar en ella y por otro lado no funciona como debería ocurrir. Ya un pensador como José Gaos había anticipado tal situación en sus escritos sobre la técnica.

Si Heidegger puede ser ubicado como uno de aquellos pensadores que ha incitado a otros a pensar la cuestión de la técnica, debemos decir que entre Heidegger y Hui encontramos una amplia gama de contrastes que nos han abierto el abanico de elementos con los que podemos pensar la época contemporánea. Si bien en la línea de Heidegger se mantiene el contraste con la metafísica occidental que busca a toda costa encontrar la esencia de las cosas, la pregunta por la técnica evidentemente no se enmarca en una apreciación ideal o sustancial, sino más bien tiene el carácter de acontecer y se inserta en el

ámbito que Heidegger designó como el término central de su pensar: *Ereignis*. Los cuestionamientos de Kittler, Simondon, Stiegler, Marcuse, Han o Hui remiten de una u otra forma a lo anticipado por Heidegger en la medida en que tematizan lo determinante de la técnica a la luz de su propio despliegue o, como dirá Hui, su recursividad. A diferencia de Heidegger y de las otrora posibilidades de la “máquina de pensar”, nuestra vida cotidiana está atravesada cada vez más por la inteligencia artificial y el carácter global de sus despliegues. Por doquier se nos presenta la técnica, quizás en algunas regiones sin mayor negatividad, como diría Han. Sin embargo, como ya anticipamos, en América Latina todavía vivimos nuestra cotidianidad en la ambigüedad de estar entre la modernidad y la globalidad planetaria. Me refiero a la modernidad porque si aceptamos la interpretación de Han, todavía nos movemos en sociedades disciplinares en donde la exterioridad juega un rol importante, todavía muchos de nuestros comportamientos se originan a partir de un “tú debes” externo. No todo se juega en el ámbito del “yo puedo” motivador y auto explotador de la exigencia global, en parte debido a las desigualdades que imperan en los países latinoamericanos. En este sentido me parece pertinente el señalamiento y la propuesta de Hui en torno a la posibilidad de explorar el ámbito local y sus perspectivas para así “reconstruir la génesis de tecnicidades en diferentes culturas, cada una de las cuales tiene su cosmología específica”. Con ello se podrá vislumbrar la ambigüedad latinoamericana en la que nos movemos.

El presente libro busca desplegar esa mencionada ambigüedad mediante análisis detallados en torno a la técnica en América Latina. Sin duda se trata de un volumen necesario que, a mediano plazo, abrirá nuevas vías para seguir pensando esto, que como diría Ortega y Gasset, es el tema de nuestro tiempo.

Introducción

IRVING SAMADHI AGUILAR ROCHA

JOSÉ FRANCISCO BARRÓN TOVAR

Ciertamente nos encontramos en un momento singular: la configuración conceptual de la tecnología como un problema filosófico. Esto se da en ciertas condiciones que determinan el carácter de su constitución:

- el problema aparece ya de por sí como planetario, es decir, no es como los problemas tradicionales de la verdad, del valor o de la belleza que, aunque se postulan como universales, traen con ellos las valoraciones, discursos y experiencias del lugar donde aparecieron (casi siempre Europa)–;
- la preocupación por pensar filosóficamente es internacional –no sólo porque las instituciones académicas de índole filosófica se han consolidado en muchos países no europeos o norteamericanos, sino también porque es insoslayable que la tecnología constituye una potencia histórico-global–; y
- articulado a esos dos rasgos de la configuración –lo planetario y lo internacional–, se ha producido la exigencia de un esfuerzo por pensar localmente lo tecnológico.

Estas condiciones paradójicas estructuran lo tecnológico como problema filosófico el día de hoy. Este libro, *El pensamiento latinoamericano sobre la técnica*, es la continuación del libro *El pensamiento sobre la técnica en México*. Resultados de

la investigación del trabajo en conjunto de algunas investigadoras e investigadores del Departamento de Filosofía, una de ellas perteneciente al cuerpo académico “Cultura y gestión de recursos para el desarrollo” de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos, perteneciente al Centro Interdisciplinario de Investigación en Humanidades –el cual hizo posible la publicación de este libro–, con el proyecto Seminario Tecnologías Filosóficas o PROINV_23_25 “Arqueología de las historias del ejercicio del pensamiento filosófico en México” de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Y apoyados por el Instituto de Investigación en Humanidades de la Universidad Autónoma “Benito Juárez” de Oaxaca. El primer libro inició un doble proyecto: por un lado, un estudio genealógico de los discursos con los que los pensadores y filósofos mexicanos han dicho y pensado la tecnología; y por otro, un ejercicio conceptual que permite pensar lo tecnológico desde el *locus* que aún llamamos México.

El presente libro expande el esfuerzo a tierras latinoamericanas. Busca constituir una oportunidad para, a la vez que expandir –aprovechando los esfuerzos que desde hace años se han hecho en el continente–, fortalecer el área regional latinoamericana de filosofía de la tecnología. Para ello se propuso explorar cómo los pensadores latinoamericanos abordan el problema de lo tecnológico. Los textos del libro buscan mapear diferentes autores, proyectos, esfuerzos, problemas, discursos, conceptos, tendencias, experimentos y enfoques que han dicho y pensado lo tecnológico desde las múltiples, diversas y complejas regiones –políticas, económicas, académicas, sociales, comunitarias– que llamamos –quizás aún con desgana– latinoamericanas. Las discusiones problemáticas, que este libro documenta, responden a las condiciones paradójicas de configuración conceptual de la tecnología como un problema filosófico, desde nuestro lugar. De allí las preguntas que articulan los esfuerzos conceptuales: ¿existe eso que podría llamarse “perspectiva latinoamericana” sobre lo tecnológico?; ¿hay herencias de pensamiento sobre lo

tecnológico localizadas en estas tierras y estos pueblos, que aún llamamos América Latina?; ¿cómo se han articulado las potencias técnicas en nuestras regiones?; ¿hay o no tecnología propia, adecuada, de y para estas tierras donde estamos?

Los textos enfrentan y desarrollan estos problemas siguiendo tres líneas principales:

1. La primera línea llamada *Críticas tecnológicas desde América Latina* está conformada por tres textos. El primero, “Los rumbos olvidados. Esbozo para una crítica de la tecnificación contemporánea”, realiza una crítica de la tecnificación contemporánea desde la reivindicación del sentido de cosmicidad en la filosofía estética de José Vasconcelos y Alfonso Reyes. En ambos pensadores, la inquietud sobre la técnica surge desde los contextos occidentalizados. De acuerdo con ello, es necesario para el autor esclarecer la diferencia entre tecnificación y cultura tal y como se encuentra planteada en las propuestas filosóficas de José Vasconcelos y Alfonso Reyes, atendiendo a la reivindicación del sentido de cosmicidad emprendida por ambos ateneístas mexicanos, en su intento por fundamentar la unidad cultural de América Latina sobre el basamento de la experiencia estética. Junto con ello realiza reflexiones críticas en torno a la tecnificación contemporánea y, en particular, a las consecuencias indeseables de la revolución informática. El segundo texto, “Prácticas crítico-técnicas: taxonomía para la crítica digital desde el Sur”, aborda la crítica de las tecnologías digitales, para ello toma como base la pregunta sobre qué significa hacer crítica desde el Sur. En este texto se distinguen cuatro categorías taxonómicas en las que la noción de crítica toma una forma distinta: a) Alfabetismo digital, b) Crítica desde el sur, c) Prácticas de resistencia, y d) Prácticas crítico-técnicas. Para el autor, es en el Norte global donde la mayoría de la tecnología digital se ha desarrollado y esto plantea desafíos decoloniales. Sin embargo, a través del enfoque de un “hacer crítico”, se puede combinar a la vez diseño y reflexión sobre

determinaciones tecnológicas. Estos enfoques cuestionan la hegemonía tecnológica y buscan alternativas decoloniales en la creación y diseño de tecnologías digitales. Y finalmente, el tercer texto, “¿Sólo somos extremo Occidente? Desafíos de la filosofía de la técnica en América Latina”, busca aclarar diferencias entre producir y usar tecnología. En el texto se argumenta que necesitamos técnicas de uso que obliguen a reflexionar sobre las diferencias contextuales. Sin embargo, según el autor, aunque la negación del contexto es la regla, los procesos de creación de tecnología en cualquier lugar han sido producto de mezclas culturales. En América Latina, parece haber una resistencia a reconocer estos procesos. En este sentido, el texto ofrece un análisis de los sistemas de representación social y muestra cómo la producción simbólica puede cambiar el comportamiento de una comunidad, cuestionando la idea de que la tecnología es universal.

2. La segunda línea articuladora lleva por nombre *Pensamientos tecnológicos a-locados*, y la conforman tres textos. El primer texto, “La cultura tecnológica desde las culturas occidentalizadas”, busca esclarecer las características que hacen que un país sea occidentalizado, para poder apuntar hacia el entendimiento de las diferencias contextuales. Esto permite a la autora explorar el concepto de tecnodiversidad propuesto por Yuk Hui. Para ello, la tecnología debe ser pensada en dos niveles: primero, como concreción material de lo cultural (como un hacer humano y como un instrumento), y segundo, como una estructura. Ambas nos permiten ver la profunda desigualdad que se genera entre los países occidentales y los occidentalizados. El siguiente texto, “Latinoamericanismo: el *locus* de lo tecnológico como tópico”, discute cómo la concepción universalizante de la tecnología ha escapado a la crítica conceptual y filosófica, proponiendo la necesidad de problematizar las múltiples configuraciones singulares en que se puede poner en operación la articulación entre lo local y lo tecnológico. Finalmente, el último trabajo de este apartado, “Acahual – barbasco – jiminogai. Diosgenina – progesterona. Un paisaje tecnológico”, hace un

recorrido desde los esteroides hasta la invención de la píldora, en paralelo al uso y significación comunitaria del barbasco en pueblos originarios de América, lo que evidencia el abismo que separa la diosgenina de la “planta que sirve para pescar”. Para que la diosgenina o la molécula del agua adquieran sentido, son necesarias una serie de plataformas científico-culturales, técnicas-industriales, políticas-sociales, que habiliten a la gente a apreciar los beneficios de posicionarse así frente a los objetos; aunque sucede que, en otras culturas, esas mismas plataformas carecen de importancia e interés. Con ello se busca señalar dos vías posibles para estar en el mundo, conocerlo, apreciarlo, disfrutarlo y, ciertamente, afectar con diferentes intensidades.

3. La tercera y última línea articuladora se llama *Prácticas tecnológicas y feministas*, e incluye, también, tres textos. El primero de ellos, “Tecnologías descentradas: los saberes técnicos de la gente”, contribuye a pensar las tecnologías descentradas, poniendo el acento en que los saberes técnicos de la gente (que-haceres, saber-hacer, lenguas y actividades) marcan de manera decisiva los devenires o destinos *otros* de la tecnología, más allá de su control mediante biopolíticas científicas o biopoderes económico-capitalistas. Se trataría de concebir una tecnología sin centro y en ese sentido desterritorializada. La intención de la autora consiste en plantear significados alternativos a los habituales del pensamiento actual sobre la tecnología. Los significados alternativos que descubriremos que ahí se producen son, entre otros: autonomía respecto a la lógica del capital, autoría colectiva, rematerialización y experiencia *otra* de la mirada. El marco de pensamiento para abordar esta propuesta se fundamenta en la antropología feminista y las ciencias sociales igualmente feministas. El siguiente texto, “Invenciones feministas: nociones comunes en torno a la tecnología”, explora qué significa ser mujer en la era tecnológica, basándose en la propuesta de Haraway y su frase “prefiero ser un *cyborg* que una diosa”. Examina desde la dignificación de los cuerpos femeninos hasta la crítica de los modos de subjetivación en la tecnología. Resalta cómo mujeres y personas no binarias usan

espacios digitales para crear entornos horizontales y descentralizados. La autora valora estos proyectos colaborativos por abordar problemas sociales y políticos, destacando el acceso, control de usuarias, computación descolonial, extractivismo de datos, dignidad humana y justicia de datos. El tercer y último trabajo, “Tecnologías feministas de la memoria”, se pregunta acerca de cómo lo tecnológico contribuye a la construcción feminista de la memoria. Sin embargo, el texto sostendrá que en la construcción de esa memoria lo tecnológico no es una herramienta de la cual se eche mano, sino una manera de pensar tanto la relación entre memoria y feminismo, como su forma de operación. El planteamiento pretende pensar la memoria desde lo tecnológico, para lo cual sería necesario centrar la atención en lo técnico de la memoria, esto es: en su condición de producción del recuerdo; como condición de aparecer y, por tanto, como posibilidad de re-producción y alteración del acontecimiento.

Es indudable que históricamente —en relación con proyectos de colonización, de exterminio y de industrialización de los estados-nación— las aplicaciones y puestas en operación de las tecnologías modernas occidentales en nuestros países han acusado desigualdades, exacerbando prácticas de explotación, dominio y violencia. Tales acontecimientos deben ser, sin dilación, repensados para decir y estudiar sus sentidos. Cuestión de justicia para los cuerpos destrozados, las comunidades exterminadas, las formas de vida aniquiladas, echas a un lado. Esos cuerpos, esas comunidades y esas formas de vida han enfrentado esas puestas en operación de las tecnologías modernas occidentales en nuestros países. Lo han hecho desenterrando máquinas y exhumando formas de saber-hacer que no han comenzado en Occidente. Otras genealogías. Oportunidad nuestra para pensar las condiciones paradójicas de una configuración conceptual de la tecnología que nos sea, por fin, propicia. Para los textos presentes en este libro, eso es precisamente lo que urge pensar.

CRÍTICAS TECNOLÓGICAS
DESDE AMÉRICA LATINA

Los rumbos olvidados. Esbozo para una crítica de la tecnificación contemporánea desde la reivindicación del sentido de cosmicidad en la filosofía estética de José Vasconcelos y Alfonso Reyes

GABRIEL ALVARADO-NATALI¹

*Cuidemos, sí, cuidemos de apretar la tuerca que representa
nuestro oficio práctico, pero no olvidemos la otra tuerca,
la que nos prende al universo.*

Alfonso Reyes

*¡Brega con todo tu tesón, pero atisba con la pupila entera
el destello que nace de lo profundo del cosmos!*

José Vasconcelos

Introducción

Nadie cuestionará que el esfuerzo de pensar en el sentido de la tecnología desde el horizonte latinoamericano constituye en nuestros días una tarea apremiante: una exigencia categórica. Basta un poco de lucidez para sabernos hoy testigos de un proceso de honda transformación en nuestra vida individual

¹ Instituto de Investigaciones en Humanidades. Universidad Autónoma “Benito Juárez” de Oaxaca.

y colectiva, fenómeno cuyo dinamismo, de insólita celeridad, procede de esa oleada de tecnificación que, impulsada por la llamada “revolución informática”, empezó incidiendo en nuestras sociedades por lo menos desde finales del siglo xx, para trastocarlo todo y convertirse en una fuerza arrolladora durante el lapso –tan confuso– de la reciente crisis pandémica. En esos días aciagos, zambullirse de cabeza en la oleada de tecnificación, esto es, adquirir con presteza todas las habilidades técnicas para llegar a ser cuanto antes usuarios competentes dentro del sistema informático, se presentó a los ojos de la mayoría como un requerimiento incontestable. En efecto, *adaptarse o morir* resonó, en todos los ámbitos sociales, como la consigna única e ineluctable. Las pantallas llegaron a cobrar así, de un día para otro, una importancia decisiva, una presencia casi absoluta en nuestra vida personal, situación nunca antes experimentada con semejante rotundidad en la órbita de nuestra cultura.

Ahora bien, si el carácter súbito e irreflexivo de semejante zambullida puede justificarse por lo problemático y hasta fatídico de la encrucijada en cuestión (encrucijada que hizo aparecer el salto de una tecnificación galopante como el exclusivo medio de salvación ante la mirada de una humanidad despavorida, obnubilada por el miedo), ¿qué puede justificarnos hoy, pasada la crisis pandémica, para dejar sin tematización, sin cuestionamiento profundo, nuestra alarmante dependencia de los dispositivos informáticos, nuestra incapacidad actual para concebir la vida sin el marco siempre variable y siempre estimulante de una pantalla? Quizás más peligroso, más fatídico que cualquier virus resulte para nosotros, pueblos de Latinoamérica, prolongar tal absorción acrítica en el nuevo sistema tecnológico fundado en el poder de los algoritmos. Acaso seguir asumiendo como incontestable la mentada consigna, *adaptarse o morir*, nos conduzca a algo bastante peor que la muerte biológica. Contra la velocidad apabullante, contra el miedo insensato de “quedarnos atrás”; acallando por un momento el estrépito vociferante e

imperativo de una organización tecnocrática cada vez más implacable, nosotros humanistas, nosotros filósofos de América Latina tenemos especialmente el deber de hacer un alto: hay que detenernos y preguntar a fondo, desde la amplitud de nuestra memoria cultural, *por qué, para qué y hacia dónde*.

Baste reflexionar sobre el siguiente punto para entrar en materia y atisbar la ordalía a la que nos enfrentamos: saber usar bien un artefacto tecnológico puede querer decir dos cosas; por un lado, suele significar haber adquirido las habilidades necesarias que el aparato reclama para poder ser utilizado con destreza, esto es, con vistas a aprovechar a cabalidad el potencial instrumental que el artefacto en cuestión es capaz de ofrecer; por otro lado, puede significar saber hacer un buen uso de él, o sea, saber usarlo bien en el sentido de *usarlo para bien*. Salta a la vista que el saber involucrado en la primera significación es de índole exclusivamente técnica: se trata de ese tipo de conocimiento cuya adquisición, convirtiéndonos en usuarios competentes, sigue siendo en nuestros días la preocupación principal, el requisito *sine qua non* para lograr una inserción “exitosa” en los diferentes contextos de la sociedad. Por otra parte, el sentido del saber involucrado en la segunda significación nos resulta mucho menos evidente. Decir que constituye un saber de tipo ético no quita obscuridad a la aporía; al contrario, la vuelve más enigmática. ¿En qué reside la diferencia entre la esfera de lo técnico y la de lo ético? Es lícito afirmar, a botepronto, que lo técnico tiene que ver con la cuestión de los medios, mientras que lo ético se relaciona ante todo con los fines. Pero justamente tal diferencia es lo que hay que poner sobre la mesa y repensar, porque ¿acaso no se caracterizan nuestros tiempos –en realidad, la dirección moderna en su conjunto– por la propensión a soslayar los límites que distinguen a dichas esferas, otorgándole a los medios la dignidad de los fines, haciendo del incremento del poder tecnológico la finalidad misma de la cultura? Como lo ha podido advertir más de un ilustre filósofo durante el siglo xx (piénsese en la Escuela de Frankfurt o en la rica constelación de voces

provenientes de la fenomenología), cuando la razón instrumental se torna totalitaria, desterrando como anticuado cualquier otro sentido tradicional de *ratio*, la diferencia entre técnica y ética se diluye; así, lo propiamente ético pasa a segundo plano o se vuelve irrelevante hasta perderse de vista. Entonces se olvida que el poder de disposición técnica no representa algo valioso ni importante *per se*, sino únicamente en la medida en que sirve, de alguna manera, a los fines esenciales del ente humano. Es obvio que el usuario más competente puede ser un ejemplar de lo más “retorcido” (deficiente en sentido ético) y poner toda su habilidad, *ipso facto*, al servicio de objetivos muy poco humanos, y hasta inhumanos.

26

—

Sin duda Octavio Paz tenía también a la vista la necesidad de ponderar la relevancia de lo ético sobre la esfera técnica cuando advertía sobre la amenaza de una barbarie emergente: “la barbarie tecnológica”. Nacidos en el corazón de la civilización moderna, los nuevos bárbaros serían para él “los hijos de la técnica y sus prodigios” (Paz VIII: 644). Refiriéndose a esa nueva barbarie, el poeta mexicano no hacía sino exhumar una vieja certidumbre filosófica, la cual se remonta por lo menos, en el contexto moderno, a lo implicado por la diferencia entre *kultur* y *civilisation* remarcada por los románticos alemanes (Picó 45-55): *la amplitud del poder de disposición técnica de la naturaleza (no humana y humana) en ningún caso vale por sí misma como índice de cultura*. Luego, una sociedad puede ser increíblemente poderosa desde el punto de vista de su capacidad tecnológica y, sin embargo, resultar por entero barbárica en su dirección primordial. La órbita germana regida por el nacionalsocialismo, por ejemplo, consiguió aumentar su potencia industrial (tecnocientífica) a una velocidad pasmosa y con un éxito sorprendente, principalmente en el rubro de la producción de armamento; tal tecnificación acelerada, empero, con toda su eficacia y sofisticación, condujo a esa misma sociedad y con igual presteza a su casi total autodestrucción en el contexto de la más terrible contienda bélica de la historia. De acuerdo con esta perspectiva, el mayor

interés de las comunidades humanas no debería consistir en incrementar a toda costa su capacidad de disposición técnica de la naturaleza, sino en velar porque dicha capacidad, sea la que sea, esté realmente al servicio del florecimiento cultural. Mientras esta imbricación entre tecnificación y cultura no se cumpla, el más alto rendimiento tecnológico no pasará de ser una instancia insensata y potencialmente destructiva.

Pero entonces todo depende de lo que entendamos por *cultura*. Apelando a la etimología de la palabra, podemos salir al paso considerando que, en sentido formal, la cultura es el *cultivo* integral y armónico de lo humano en sus posibilidades esenciales. Por el contrario, la *barbarie* será ante todo incuria: un descuido de lo humano que, en su extremo, puede conducir a lo inhumano. Además, si la barbarie es incuria, se trata siempre de un descuido que se desconoce como tal, un descuido que se afirma a sí mismo *eo ipso* como cultura. El bárbaro es, en esta acepción, un ignorante radical: no sabe que no sabe. Al emprender el exterminio “industrial” de los judíos, los dirigentes nazis estaban convencidos de realizar un acto de cultura muy meritorio, el de liberar a la civilización europea de uno de los mayores lastres raciales en el camino evolutivo que lleva al “superhombre”: a la más perfecta versión del ente humano. Aquilatando lo anterior, es patente que la distinción taxativa entre cultura y barbarie supone en todos los casos la vindicación de una determinada comprensión de lo humano como criterio básico de demarcación. Luego, si la tecnificación únicamente adquiere sentido subordinándose a la cultura, el sentido mismo de la cultura descansa siempre sobre una interpretación general del ser humano y de sus posibilidades esenciales.

La reflexión precedente podría servirnos para esclarecer el campo problemático que nos concierne hoy, la ordalía a la que nos enfrentamos como pueblos de Latinoamérica ante la sacudida violenta de la última oleada de tecnificación. La encrucijada histórica –decíamos– nos exige pensar, y no simplemente dejarnos arrastrar sin criterio por un dinamismo